

Por allí, como digo atrás, pasan movimientos y escritores con los cuales tuvo que ver el poeta y en los cuales se detuvo algún momento, o simplemente desdeñó desde su olímpica soledad estrafalaria (y única).

No hay indicios de gran erudición en este ensayo, pero sí de juicioso estudio y de una limpia prosa que respalda esa dedicación. Siendo un homenaje decidido, no es empalagoso, exagerado ni obvio. Es justo en la medida de la revelación, de una sentida influencia y de un respeto amigable pero alto.



De quien se pueden escribir (y se han escrito) tantas cosas altisonantes, da gusto leer algo así: “De Greiff participaba, en fin, de saludables insubordinaciones, atendía a los movimientos de vanguardia, se pronunciaba contra los espíritus momificados; pero no se lanzaba al río en un bote cualquiera, ni se apresuraba a echar a saco roto sus primeros poemas simplemente para parecer moderno. [...] él tallaba a conciencia su diamante, aunque esa solitaria dedicación lo dejara fuera de una que otra antología, de uno que otro manual. O le endilgaran el mote de raro, misántropo, exquisito [...]”.

Seguramente entre nosotros existen ensayos y críticas decisivas de otros escritores, como los que ya he citado, sobre León de Greiff, pero sin duda *El múltiple rostro de León de Greiff* no es por ello llover sobre mojado. Es el justo premio de un concurso, y también un merecido homenaje (uno más) al poeta que escribió:

*No viene a mí, ni voy a la
/montaña.
Ni vasallo ni César, Juez ni
/Reo:
Sergio Estepario. Estrafalario
/Leo.
Con mi tonel. De mi cruz
/cirineo.
Rey de burlas, soberbio, cetro o
/caña
pares le son a mi elección
/huraña.
Dejadme solo.*

LUIS GERMÁN SIERRA J.

William Ospina o el delicioso encanto del anacronismo

Esos extraños prófugos de Occidente
William Ospina
Editorial Norma, Santafé de Bogotá,
1994, 137 págs.

Pese a la fama de Colombia como país de poetas, la tendencia de los críticos literarios nacionales más reconocidos —B. Sanín, H. Téllez, H. Valencia— ha sido la de hacer caso omiso de la producción poética, y al incursionar en sus dominios, los resultados, terriblemente tristes, revelan una sordera casi total.

A llenar ese vacío han debido acudir los propios poetas, ejerciendo esa forma de la crítica que T. S. Eliot llamó “practicante”, cuyas manifestaciones, entre nosotros, giran alrededor de dos extremos: la retórica, aliñada con prejuicios neoclásicos (R. Maya); con vaguedades políticas o inefables (J.

Zalamea, J. García Maffla); con zalame-rías empalagosas (E. Carranza); y la ironía, aguda y certera (M. Carranza, D. Jaramillo, H. Alvarado) o engalanada de citas (J. G. Cobo).

Si exceptuamos a F. Charry y D. Jiménez, no se ha dado entre nosotros esa crítica empática, entusiasta, surgida de la frecuentación amorosa del cuerpo del texto. En este reducido grupo, se inscribe la obra de William Ospina, de modo singular, por la amplitud de su mira, que no se ciñe al ámbito nacional y se atreve a reflexionar sobre obras de tradiciones literarias distintas de la española: la inglesa, la francesa y la alemana.

Esos extraños prófugos de Occidente reúne seis ensayos sobre cinco poetas privilegiados y malditos (tocados por Apolo), cuyas obras son el punto de partida de algunas de las tendencias principales de la poesía contemporánea: Rimbaud, Whitman, Dickinson, Byron, Hölderlin, y un narrador —Faulkner— inventor de nuevos caminos para la novelística actual. Esta inclusión pareciera restarle unidad al libro: Faulkner ni pertenece al siglo XIX ni vivió bajo el signo de la rebeldía ni se destacó en la lírica. No obstante, él también es un ejemplo de comprensión y de comunicación del hombre y sus relaciones con el mundo.

Ateniéndose, en principio, a las informaciones contenidas en los poemas y cotejándolas inteligentemente con múltiples contextos (del histórico a los accidentes de la biografía), el crítico, como un hermeneuta, examina las construcciones verbales y revela su eficacia; rastrea y amplifica las resonancias del poema; invita al goce de su lectura detallada; valora lo nuevo y descubre en las vidas y en las obras las figuras que encarnan, el papel que cumplen en una historia universal de los hechos poéticos.

Llama la atención en este libro el inusitado mundo de referencias literarias de Ospina, tan ajeno a los santorales de moda: ni Cavafis ni Breton ni D. Thomas ni O. Paz: aquí, Homero y Virgilio, Dante y Milton, Shakespeare y Cervantes, Goethe y Novalis, Browning y Wilde, Keats y H. James, Joyce y Bernard Shaw, Darío y Borges. Este elemento contri-

buye a generar uno de los encantos más deliciosos de la obra: el del anacronismo, que, de paso, la relaciona con la mejor tradición de la literatura colombiana: Arturo, Mutis, García Márquez.

Hoy, cuando la crítica académica, con su jerga jarta y sus métodos melindrosos, irrumpe incontenible en el dominio de la poesía, sorprende un libro de ensayos en el cual el autor, sin pudor, se mete en el interior de los autores estudiados y emplea la voz de la omnisciencia; se apoya en la experiencia de otros creadores, en vez de citar a los teóricos al orden del día universitario; apela a esencias como el genio del pueblo francés (pág. 15), la doble condición francesa de inteligencia y pasión (pág. 21) o el corazón humano, en lugar de asumir una perspectiva relativizante, irónica; usa un lenguaje rico en metonimias, metáforas, antítesis y prosopopeyas, en vez de la objetividad de ladrillo del científico sin imaginación; y se aproxima a la obra (sin embromar con datos y fechas) como testimonio de la vida, culminación de una actitud ética, y no como un ente autónomo enteramente lúdico e inocuo.

Cuatro elementos vinculan los ensayos: la crítica del cristianismo y su visión de la vida como virtud nacida de las privaciones; la celebración de vidas de escritores que pueden leerse como versos de un vasto poema simbólico; la democracia como contexto ideal para la realización humana, a cuya construcción contribuyen las vidas ejemplares de los poetas y la poesía como ámbito supremo donde se postulan los grandes interrogantes del hombre y el lenguaje alcanza su plenitud.

Dos textos son aquí fundamentales: el primero y el último (no por azar los más extensos), que, a manera de prólogo y de epílogo, se destacan por la luz que proyectan sobre las obras tratadas y por poner de manifiesto la poética y la visión del mundo de Ospina. Una poética que es una ética y una moral, que postula el regreso y la alianza con la naturaleza como morada de lo humano; la recuperación del valor del cuerpo como posibilidad de dicha y fuente de gozo; la fe en la divinidad impersonal de la que somos la conciencia y el lenguaje; la reconciliación con la muerte y el renacer de lo divino. Este

conocimiento nos facilita el acceso al orbe poético de Ospina que, desde otra perspectiva, persigue también el sentido de la poesía y de la vida en una sociedad incrédula y fanáticamente racionalista.

Hay en este libro una higiénica retórica —eufonía y tersura de la frase— sabiamente manejada que no se desconecta de la eficacia significativa. La venerable tradición del buen decir se conjuga con una saludable asimilación de Borges, que trasciende los tics estilísticos (la evitación del énfasis, los rasgos circunstanciales, la metáfora del tejido de la realidad) y le permite al autor crear un cosmos verbal pleno de paradojas y de intenso, incesante diálogo con el amplio ámbito cultural de Occidente, desde sus helénicas esculturas hasta sus filósofos y sus profetas.

ARIEL CASTILLO MIER

Los demonios de Rosero Diago

El capitán de las tres cabezas

Evelio Rosero Diago

Cooperativa Editorial Magisterio, Santafé de Bogotá, 1995, 97 págs.

Los tres cuentos que constituyen este libro hacen manifiesta la habilidad de Rosero Diago para crear escenarios y personajes diversos.

Así, el primer cuento, *La princesa calva*, se desarrolla como una parodia de las historias de caballerías. Por eso, en él aparecen personajes propios de ese mundo: reyes, princesas, caballeros, un ave prodigiosa y un enano.

Pero, mediante el recurso de crear para destruir y viceversa, propio de las tres historias que componen este volumen, en seguida encontramos que tales personajes poseen atributos —o más bien defectos— que los alejan demasiado del mundo caballeresco. De este modo, hallamos que el rey es un déspota; la reina y sus consejeros, unos pusilánimes; los caballeros, feos, sucios e inclementes, y el personaje principal,

precisamente, una muchacha calva, una princesa calva, desesperada y grosera.

Pareciera que, mediante ellos, Rosero Diago tratase de destruir el esquema propio de los cuentos infantiles, ya que aquí no hay personajes arquetípicos, ninguno de ellos constituye cabalmente un modelo educativo para un niño. Sin embargo, la destrucción de la forma característica del cuento infantil tradicional no es definitiva, pues la perseverancia del caballero contrahecho (que es tuerto, desdentado y manco de brazo y cojo de una pierna) logra imponerse y, al final, la princesa calva y su caballero consiguen evadirse de un reino mísero y hostil volando a costas de un pájaro desgredado. Al final, de todos modos, el bien termina imponiéndose sobre el mal, aunque, en este caso, los héroes, en el transcurso de sus aventuras, pierden su belleza inicial.



El segundo cuento, que es el más breve y, en nuestro criterio, el mejor logrado de todos, tiene como *leitmotiv* el verso con que Dante dio principio a su obra maestra: "Nel mezzo del camin di nostra vita" ("En mitad del camino de la vida").

Es la historia de tres amigos que a los treinta y cinco años, en mitad de la vida, no han realizado aún el mayor anhelo de su existencia: ser capitán de un barco.

Acaso esta historia, aunque construida con recursos propios del cuento infantil, tales como retruécanos, reiteraciones, enumeraciones e hipérbolos, resulta, por su temática, un cuento más apropiado para adultos, para personas que se hallan en ese momento crucial de la existencia en que se posee el en-